

SEGUNDA SECCIÓN

EL NEOLIBERALISMO ECONÓMICO:
DE LOS ORÍGENES A LA FIRMA DEL TLCAN

ORÍGENES DEL NEOLIBERALISMO

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO*

En las últimas décadas se ha abusado del término “neoliberalismo”. Se emplea un poco sin ton ni son, para calificar cualquier cosa, de modo que ya casi no significa nada, y parece que lo mejor sería dejar de usarlo. Y sin embargo, el neoliberalismo existe. Es un movimiento intelectual perfectamente reconocible, el movimiento intelectual más exitoso de la segunda mitad del siglo XX, el factor decisivo para la definición de los arreglos institucionales de los últimos 40 años en todo el mundo.

Por si hace falta, aclaro: no todo en el orden vigente es neoliberal. Pero algunos rasgos son inconfundibles: la tendencia a la desregulación de los mercados, a la liberalización comercial, a la privatización de bienes, recursos y servicios públicos, la preferencia por políticas de austeridad, el control de la inflación, la autonomía de los bancos centrales. Todo eso forma parte de un programa coherente, completo, que ha sido explicado con todo detalle. Contra lo que algunos dicen, no es el liberalismo de toda la vida, sino una variante muy concreta que se caracteriza por dar prioridad a las libertades económicas (sobre las libertades políticas), por emplear al Estado para ampliar los mercados, y por patrocinar un masivo programa de privatización de la vida social. Por supuesto, dentro de la tradición neoliberal hay variaciones, como las hay en la tradición socialista, por ejemplo, pero la traza básica es inconfundible.

El predominio global de ese programa autoriza seguramente a caracterizar al periodo que va más o menos de 1975 a la fecha como el *momento neoliberal*. Sin que eso signifique más que la vigencia de ese pequeño abanico de políticas, leyes, soluciones institucionales.

El origen del movimiento neoliberal se puede fechar con perfecta claridad en los años treinta del siglo pasado, más exactamente entre el 26 y el 30 de

* El Colegio de México.

agosto de 1938. El impulso venía de antes, pero en buena medida se concretó como reacción ante las consecuencias de la crisis de 1929, la Gran Depresión y lo que se dio en llamar el *New Deal*; como reacción ante el crecimiento simultáneo del fascismo y el comunismo. Sobre el propósito no había dudas. Se trataba de dar nueva vitalidad a los principios liberales, que no pasaban por un buen momento. La historia es como sigue.¹

RECUPERAR EL LIBERALISMO: EL COLOQUIO LIPPMANN

La decadencia del liberalismo venía de bastante lejos. En el último tercio del siglo diecinueve había empezado a perder terreno en Europa como consecuencia de varios factores, en particular las condiciones de vida miserables de la clase obrera, las que retrataron Dickens y Zola, y la presión del movimiento socialista, de los sindicatos. La vieja política de *laissez-faire*, dejar que el mercado funcionase libremente para que de manera natural se produjese el bienestar general, resultaba insostenible. En todas partes comenzó a adoptarse una nueva legislación laboral, que incluía toda clase de restricciones, desde la prohibición del trabajo infantil, hasta jornadas máximas, descanso obligatorio, etcétera, y el Estado empezó a hacerse cargo de obras y servicios públicos.

Los principios liberales se mantuvieron en casi todos los países centrales, en casi todo Occidente, pero acompañados de preocupaciones económicas enteramente nuevas, sobre todo la necesidad de intentar alguna clase de redistribución del ingreso. La idea fundamental, derivada de la crítica socialista de los derechos civiles, era que la libertad no tenía sentido sin la garantía de un conjunto de condiciones materiales, empezando por un ingreso mínimo, salud, educación. A ese intento, que fue el de Thomas Hill Green, Leonard Hobhouse, Bernard Bosanquet, se le llamó Nuevo Liberalismo; también Liberalismo Social, en el caso de Friedrich Naumann, por ejemplo. Eso era lo que quedaba del liberalismo, lo que tenía vigencia en todo caso a principios del siglo XX, es decir, algo muy parecido a lo que después sería la socialdemocracia.

El ejemplo que viene más a mano es el del llamado “nuevo liberalismo”, en la Gran Bretaña. Thomas Hill Green, por mencionar un caso, era partidario del sufragio universal, pero también de la educación obligatoria:

¹ Una primera versión de este texto apareció como primer capítulo en mi *Historia mínima del neoliberalismo*, México, El Colegio de México, 2015. La he ampliado, incluyendo materiales posteriores, de mi traducción de las Actas del Coloquio Lippmann, y mi análisis de la vis política en *Senderos que se bifurcan. Reflexiones sobre neoliberalismo y democracia*, México, INE, 2017.

Sin el dominio de ciertas artes y conocimientos elementales, el individuo es tan realmente inválido en la sociedad moderna como por la pérdida de un miembro o por debilidad de constitución. No es libre para desarrollar sus facultades. Con vistas a asegurar tal libertad entre sus miembros, está ciertamente dentro de la esfera del Estado el evitar que los niños crezcan en esa clase de ignorancia que realmente les impide una carrera libre en la vida [...].²

Desde luego, considera las objeciones que opondría el liberalismo clásico a esa intervención del Estado, esa y otras. Las defiende sin complicarse la vida: “Hemos de tomar a los hombres como son. [Y mientras no cambien] es cosa del Estado asegurarse de que los jóvenes ciudadanos crecerán en la salud y con los conocimientos necesarios para su libertad real”.³ Leonard T. Hobhouse era igualmente explícito: “La soberanía popular es un artículo del credo liberal”,⁴ decía, cuyos ideales distintivos son la libertad y la igualdad.⁵ Y por ese camino llegaba a la conclusión de que los propósitos del liberalismo y el socialismo no eran contradictorios, sino complementarios, a menos que se pervirtiese su significado. El párrafo siguiente es elocuente:

El principio de la libertad puede convertirse en un desagradable evangelio de la competencia comercial, en el que se condena la ayuda mutua como un medio para salvar de las consecuencias de su carácter a los inútiles y los ineficientes, y en el que se reprimen los impulsos de piedad y benevolencia, y se alienta el interés egoísta, investido con la santidad de un estricto deber. Así el mérito se mide por el éxito, y el estándar del éxito es la capacidad para hacer dinero.⁶

Otra vez, igual que Green, hace una crítica realista de la doctrina. Es un hecho que una parte considerable de la población vive en la pobreza, o casi en la pobreza:

[...] es claro que el sistema de competencia industrial no ha sido capaz de satisfacer la exigencia ética incorporada en la noción de un “salario suficiente”. Y no hay esperanza de que pueda ofrecer a todos la existencia saludable

² Thomas Hill Green, “La legislación liberal y la libertad de contratación”, en Bramsted & Meluish, *op. cit.*, p. 107.

³ *Ibidem.*, p. 108. Green prácticamente equipara libertad y realización personal, piensa que la libertad sólo puede ser real si el individuo es consciente, y es capaz de elegir con pleno conocimiento. Véase Colin Tyler (2015), *The Metaphysics of Self-Realisation and Freedom. The Liberal Socialism of Thomas Hill Green*, Exeter, UK, Imprint Academic, p. 118.

⁴ Leonard T. Hobhouse, *Democracy and Reaction*, Londres, Forgotten Books, s.f., p. 141.

⁵ *Ibidem.*, p. 217.

⁶ *Ibidem.*, p. 227.

e independiente que debería ser un derecho para todos los ciudadanos de una sociedad libre [...].⁷

De modo que eso tiene que ser responsabilidad del Estado. El panorama se complicó todavía más con la Primera Guerra Mundial, por dos razones. Una, fue la primera guerra total, que comprometió masas de cientos de miles de soldados, millones, y requirió una cantidad gigantesca de recursos, por cuyo motivo todos los Estados combatientes tuvieron que intervenir para controlar la producción, la distribución y la venta de toda clase de bienes, y tuvieron que regular el trabajo como nunca antes. No era fácil después, una vez que se había visto que era posible el control político de la economía, no era fácil, digo, volver atrás y dejar que el mercado funcionase sin trabas.⁸ Fundamentalmente, y es la segunda razón, porque se había movilizadado a millones de hombres para el combate, se les había exigido un sacrificio inmenso por la patria, y no se les podía devolver a la vida civil en las mismas condiciones de subordinación en que estaban antes. El caso es que después de la Gran Guerra se inicia lo que Élie Halévy llamó “la era de las tiranías”, prolegómeno de lo que llegaría veinte y treinta años después.

La crisis de 1929 fue el momento definitivo. Provocó la conmoción política e ideológica que se sabe, sobre todo porque produjo un desempleo masivo en todos los países europeos y en Estados Unidos. Ya no se trataba de que pudiese sobrevivir un liberalismo más o menos puro, eso quedaba descartado, sino sencillamente de que sobreviviera la economía de mercado. En todos los países industrializados se intentó reactivar la economía, con más o menos éxito, con más o menos intensidad, mediante el gasto público, y se trató de paliar algunas de las consecuencias más graves de la depresión. Fue lo que en Estados Unidos, bajo la presidencia de Franklin D. Roosevelt, se llamó el *New Deal*, y lo que en general se identifica con el pensamiento económico de John Maynard Keynes.

A todo ello hay que sumar el nuevo horizonte que se había abierto a partir del triunfo de la revolución bolchevique en Rusia, en 1917, el entusiasmo que inspiraba el nuevo régimen y el crecimiento de los partidos comunistas en toda Europa. También, por supuesto, el auge del fascismo y del nacionalsocialismo, con numerosas variantes nacionales prácticamente en todo el continente, desde Falange Española hasta Acción Francesa o la *British Union of Fascists* de Oswald Mosley. En Estados Unidos Sinclair Lewis advertía de la amenaza en *It can't happen here* (1935).

⁷ Leonard T. Hobhouse, *Liberalism*, Proyecto Gutenberg, edición electrónica, p. 43.

⁸ Por esa razón dice Élie Halévy que la Gran Guerra señala el inicio de la época de las tiranías. Véase Elie Halévy (2016), *L'Ère des tyrannies. Études sur le socialisme et la guerre*, París, Les Belles Lettres.

En resumen, en los años treinta los sistemas parlamentarios están en general de capa caída, ofrecen la imagen de algo anticuado, ineficiente, angustioso. Los derechos individuales resultan también sospechosos, como producto de un individualismo insolidario, burgués, decimonónico, que queda muy deslucido frente al entusiasmo que inspiran las manifestaciones de masas, la idea nacional o las fantasías sobre la raza, el destino histórico de los pueblos o del proletariado. En esas horas bajas del liberalismo, un grupo de intelectuales, académicos, políticos, se plantean la necesidad de renovarlo, darle nueva vida, conscientes de que en algunos aspectos tendrá que ser otro.

Es importante tener presente ese origen para entender el aliento casi apocalíptico de muchos de los textos clásicos del neoliberalismo. Literalmente, en esos años, se encuentran ante el fin del mundo: no hay más que ideologías colectivistas, partidos de masas, militancia nacional, étnica, gobiernos que desconfían del mercado, y un liberalismo apocado, muy venido a menos, de identidad borrosa, partidario sobre todo de reformas sociales.

Es posible poner una fecha concreta en el acta de nacimiento. Entre el 26 y el 30 de agosto de 1938, convocada por Louis Rougier, se reunió en París una conferencia internacional con motivo de la publicación de la versión francesa del libro de Walter Lippmann, *The Good Society*.⁹ Asistieron 84 personas. Entre los asistentes, los franceses Jacques Rueff, Louis Boudin, Raymond Aron, Ernest Mercier; los alemanes Wilhelm Röpke, Alexander Rüstow; también Friedrich Hayek y Ludwig von Mises, austriacos, el español José Castillejos, los estadounidenses Bruce Hopper y Walter Lippmann.

La pequeña historia del coloquio no deja de tener interés. Al parecer, a Lippmann no le entusiasma la primera invitación, porque entre los invitados que menciona Rougier están André Maurois y Paul Baudouin, director de la Banca de Indochina, ambos cercanos a movimientos fascistas, como el Partido Popular Francés, de Jacques Doriot.¹⁰ Finalmente, la presencia de Hayek y Mises lo convence. La coyuntura hace particularmente dramáticas todas las decisiones, la selección de los invitados es muy cuidadosa. El marxista austriaco Rudolf Hilferding manifiesta interés en asistir, lo mismo que el antiguo ministro socialista francés, Charles Spinasse, y ambos son rechazados por ser “demasiado políticos”.¹¹ Finalmente participan en la mesa de discusiones 26 personas. Todos son hombres, todos de Europa y Estados

⁹ La obra, de 1937, se tradujo al francés como *La cité libre*, París, Librairie Médicis, 1938 y en México como *Retorno a la libertad*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana, 1940.

¹⁰ François Denord, “French Neoliberalism and its Divisions”, en Mirowski y Plehwe (eds.), *op. cit.*

¹¹ *Ibidem.*, p. 47.

Unidos. Los alemanes y los austriacos están en el exilio. España está en guerra. Y todos saben que de un momento a otro puede desatarse una nueva conflagración europea, en realidad lo único que se preguntan es cuándo se producirá. Saben que la guerra es inevitable.

En el detalle del coloquio hay cosas curiosas. Por ejemplo, la asistencia de Raymond Aron. Es el primero en la lista que registran las actas. Todos los historiadores que han escrito sobre el Coloquio Lippmann lo mencionan, y algunos ofrecen detalles bastante concretos.¹² Aron era un joven profesor que había presentado su tesis de doctorado apenas unos meses antes. Parece razonable que se le invitara, porque tenía una estrecha relación de amistad con Etienne Mantoux y Robert Marjolin, y en sus textos de esos años sostenía algunas de las tesis básicas del coloquio.¹³ Ahora bien: no hay ninguna intervención suya registrada. En sus memorias, muy cuidadosas en esa clase de cosas, Aron no menciona en absoluto el coloquio (su biógrafo, Nicolás Baverez, tampoco).¹⁴ Sí dice, en cambio, que durante la guerra, en 1940, Robert Marjolin le presentó a Friedrich Hayek y los demás economistas del *Reform Club*.¹⁵ Y dice que en su primer viaje a Estados Unidos en 1950, conoció a Walter Lippmann.¹⁶ No es sensato pensar que hubiese olvidado todo, tampoco tendría motivos para ocultarlo. No deja de ser extraño.

Otro caso interesante. Entre los invitados está el español José Castillejo. No es muy conocido, no tiene una obra de mayor importancia en Europa. Es especialista en derecho romano, no está claro por qué se le convocó. Ten-

¹² Richard Cockett dice que asistió “el prominente filósofo político Raymond Aron” (Cockett, 1995), *Thinking the Unthinkable. Think Tanks and the Economic Counter-Revolution 1931-1983*, Londres, Harper Collins, p. 9. También lo menciona Bruno Amable (2011), (Amable, “Morals and Politics in the Ideology of Neoliberalism”, *Commonalities of Capitalism*, 9(1). Daniel Stedman Jones señala a Aron entre los asistentes al Coloquio, y también entre los fundadores de la Sociedad Mont Pélerin (Daniel Stedman Jones [2012], *Masters of the Universe. Hayek, Friedman and the Birth of Neoliberal Politics*, Princeton, Princeton University Press, p. 31). François Denord ofrece más detalle, dice que Rougier hablaba de “los jóvenes del Congreso” para referirse a Mantoux, Marjolin, Piatier y Raymond Aron (F. Denord, “Aux origines du néo-libéralisme en France. Louis Rougier et le Colloque Walter Lippmann de 1938”, *Le Mouvement Social* 2001/2 (núm. 195). María Eugenia Romero añade que Aron fue el secretario de la reunión (María Eugenia Romero [2015], *Los orígenes del neoliberalismo en México. La escuela austriaca*, México, FCE, p. 36).

¹³ Por ejemplo, su crítica del programa económico del gobierno del Frente Popular francés, R. Aron (1937), “Réflexion sur les problèmes économiques français”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, núm. 4.

¹⁴ Nicolás Baverez (1993), *Raymond Aron. Un moraliste au temps des idéologies*, París, Flammarion.

¹⁵ Raymond Aron (2003), *Mémoires*, París, Robert Laffont, p. 167. Por cierto: tampoco menciona en ningún momento la Mont Pélerin Society, ni la reunión en Suiza de 1947.

¹⁶ *Ibidem*, p. 242.

go la impresión¹⁷ de que el invitado preferido hubiese sido José Ortega y Gasset, que además estaba en París en 1938. Las ideas de Ortega surgen una y otra vez en las discusiones del coloquio. Pero Ortega estaba enfermo, se sometería a una operación sería de la vesícula dos meses más tarde, aparte de que quisiera evitar comprometerse políticamente.¹⁸ Conjeturo que se escogió a Castillejo porque era secretario de la Junta de Ampliación de Estudios, encargada de promover la investigación científica en España mediante un programa de intercambio con universidades europeas, y era además miembro de la Comisión Internacional para la Cooperación Intelectual, de la Sociedad de Naciones. Y era importante que hubiese un español: España estaba en guerra, allí se enfrentaban el comunismo y el fascismo, era el lugar en que poner a prueba las ideas de todos: un caso ejemplar, al que recurren varios de los asistentes en sus intervenciones.

En la reunión, que se conocerá en adelante como el Coloquio Lippmann, se buscaba establecer una nueva agenda para el liberalismo. El motivo básico no admitía dudas, se trataba de la defensa del mercado, del mecanismo de precios como única forma eficiente de organización de la economía, y la única compatible con la libertad individual, pero también, con la misma energía, se trataba de la defensa del Estado de Derecho: leyes estables, principios generales, inalterables, y un sistema representativo. En las conclusiones también se admitía, como parte de una solución de compromiso, que podía ser necesario —aunque fuese de modo transitorio— algún sistema de seguridad social con financiamiento público.

En las sesiones se propuso, y se aceptó, la idea de crear un Centro Internacional de Estudios para la Renovación del Liberalismo. No se llegará a organizar, porque en un año estallará la nueva guerra y durante algún tiempo no habrá recursos ni ánimo para eso. Se discutió igualmente en 1938 el nombre que podría adoptar el movimiento. Rueff propuso “liberalismo de izquierda”, Boudin sugirió “individualismo”, Rougier prefería “liberalismo positivo”, finalmente, a propuesta de Rüstow, se optó por “neoliberalismo”, para dejar claro que no se trataba del liberalismo clásico, manchesteriano, pero tampoco del Nuevo Liberalismo de Hobbhouse y Hill Green. El nombre además era sencillo, directo.

El acuerdo básico, punto de partida para la renovación del liberalismo, era la restauración del mercado. Aparte de eso, los participantes del coloquio estaban de acuerdo en la necesidad urgente de combatir el “colectivismo”, y casi todos denunciaron los riesgos de las políticas de reactivación

¹⁷ Javier Zamora, biógrafo de Ortega, me dice que efectivamente fue invitado, pero que no hay constancia en la correspondencia de la negativa de Ortega.

¹⁸ Javier Zamora Bonilla (2001), *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza y Janés, p. 431.

económica mediante obras públicas y gestión monetaria. Pero también hubo diferencias entre ellos, que tienen su interés. La más importante, la que oponía a los austriacos, Hayek y Mises, de un liberalismo mucho más intransigente, que no admitía concesiones, con los más moderados, Rüstow y sobre todo Lippmann, que veían con mayor simpatía los ensayos de Roosevelt y el gasto social.

En adelante, ya lo veremos, la escuela austriaca va a ser dominante en el movimiento neoliberal, sobre todo por la energía de Hayek y la monumental ambición de su obra. No obstante, en París, en 1938, domina el punto de vista de Lippmann, en particular la idea básica de *The Good Society*, que entusiasma a Louis Rougier. Vale la pena un resumen.

En términos muy simples, Lippmann viene a decir que el régimen liberal no es espontáneo, sino producto de un orden legal que presupone la intervención deliberada del Estado. La expresión *laissez-faire*, dejar hacer, fue durante mucho tiempo un eslogan más o menos atractivo, pero no podría servir como programa político: imaginar que el mercado es una institución natural, que surge por sí sola, y que no necesita sino que se aparte el Estado, es ingenuo, dogmático y por eso peligroso. El mercado es un hecho histórico, se produce. Y depende de un extenso sistema de leyes, normas, instituciones: derechos de propiedad, patentes, legislación sobre contratos, sobre quiebras y bancarrotas, sobre el estatus de las asociaciones profesionales, los oficios, las empresas, legislación laboral, financiera, bancaria. Nada de eso es natural. Pero además no basta con que esas leyes se hayan dictado en algún momento. El orden no es definitivo. Una economía liberal necesita adaptarse permanentemente al cambio, necesita restaurar siempre de nuevo las condiciones de la competencia, que la inercia social tiende a destruir.

La idea puede parecer hoy una simpleza, casi un lugar común. En su momento sirvió para que la intención de renovar el liberalismo, mediante la recuperación del mercado, cristalizase en un programa político concreto.

Otro argumento de Lippmann tiene interés. El propósito fundamental de la ley en un sistema liberal es evitar la arbitrariedad, estabilizar las expectativas sobre el comportamiento de todos. Eso significa que la ley tiene que ofrecer un marco general de normas para ordenar las relaciones, un conjunto de derechos recíprocos, pero no puede dictar ninguna conducta específica ni puede decir nada sobre los propósitos de nadie, ni sobre lo que cada quien considera valioso. El derecho establece el marco de la libertad, nada más, nada menos.

No es fácil ver de entrada las implicaciones, porque parece algo muy obvio. La dificultad está en distinguir una cosa de otra. Veamos. Los extremos están claros: el derecho puede legítimamente establecer la libertad de expresión, la libertad de trabajo, la libertad de tránsito, por ejemplo, sin que

eso afecte a la idea que cada quien se hace de su vida, o lo que quiere hacer con ella; en cambio, no puede establecer que se quiten sus propiedades a estos y aquellos individuos concretos, para entregárselas a otros, no puede exigir a nadie que se dedique a una profesión en particular, ni decidir lo que puede hacer con su dinero. Dicho de otro modo, el Estado puede enunciar principios, pero no dar órdenes. El problema es que la mayoría de las leyes y reglamentos están en una zona gris. No son principios generales, pero tampoco instrucciones de tipo militar, ni decisiones confiscatorias. Buena parte de las batallas del neoliberalismo tienen que ver con esa clase de asuntos: la idea de que la educación sea obligatoria, pongamos por caso, o que se financie con recursos públicos, o que se cobren impuestos, y más a quienes más ganan, y que se empleen para aliviar la pobreza.

En adelante, se dedicarán volúmenes enteros a analizar la diferencia entre el orden aceptable, en que un conjunto de principios permite la acción libre, espontánea de todos, y el orden tiránico, en que se imponen obligaciones inaceptables. En su momento, con el fascismo ocupando el centro de la escena en Europa, la oposición parece diáfana, indispensable de hacer.

En resumen, en ese primer momento los neoliberales se identifican por una nueva manera de entender la relación entre mercado y Estado, entre política y economía. En primer lugar afirman que el Estado tiene que generar las condiciones para la existencia y el buen funcionamiento del mercado, es decir, que no hace falta reducirlo o eliminarlo, sino darle otra orientación. En segundo lugar, a diferencia de los liberales clásicos, dan prioridad a la libertad económica sobre la libertad política, ven en la impersonalidad del mercado, donde cada quien decide por su cuenta la mejor garantía de la libertad y el bienestar. Sobre la democracia, sobre los derechos políticos tienen más dudas, pero están convencidos de que el camino hacia la libertad comienza en el mercado.

Desde luego, las ideas no son enteramente nuevas, aunque sí sea una novedad el programa mismo. El temor de que la espontaneidad social, la libertad individual sea avasallada por el Estado es parte del espíritu del tiempo. Está, sin ir más lejos, en *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, por ejemplo. Y se ve confirmado en esos años por las noticias de todos los días en la Unión Soviética, en Italia, en Alemania. O en Estados Unidos para los más aprensivos.

No sobra una mínima síntesis de las discusiones.¹⁹ En el propósito general están todos de acuerdo desde un principio. Se trata de dar nueva vida al

¹⁹ En el momento en que escribo estas líneas, está en prensa la traducción al español de las actas del coloquio: *Así empezó todo. Actas del Coloquio Walter Lippmann*, traducción, edición y notas de Fernando Escalante, México, Cal y Arena (en prensa).

liberalismo, amenazado como está por el ascenso de los regímenes totalitarios. Para eso se ha convocado el coloquio. El problema consiste en saber qué liberalismo se ha de recuperar y cómo. Las posturas difieren, hay matices que importan, pero en lo fundamental el punto de partida es una crítica muy explícita del liberalismo clásico. Para todos es un hecho que está en decadencia (es la expresión que emplean casi siempre). Algunos lo juzgan con más benevolencia, y piensan que no hay nada fundamental que cambiar: Mises, Rueff. Otros son mucho más severos, empezando por Lippmann, que lo descarta como anticuado sin darle muchas vueltas. Robert Marjolin, Auguste Detoef, piensan que las nuevas circunstancias lo hacen impracticable; Rüstow señala defectos “espirituales”, también Louis Baudin.

En resumen, vienen a convenir en un programa que se desprende de dos premisas básicas. Primera, es necesario un Estado fuerte, que intervenga para proteger y garantizar el funcionamiento del mercado. Segunda, los derechos económicos deben tener prioridad sobre los derechos políticos. Las dos se explican de varias maneras a lo largo de las discusiones. Lo interesante es que prácticamente ninguno de los asistentes tiene dudas. Bien: en esas dos premisas está contenido lo fundamental del programa neoliberal.

Louis Rougier lo explica con perfecta claridad al término de la primera sesión: “el criterio del liberalismo es el libre juego de los precios”. Es claro que no es el liberalismo de Stuart Mill, ni el de Tocqueville o Cavour, o Benito Juárez. Es algo distinto, donde el funcionamiento libre del mercado tiene prioridad, y no puede estar sometido a las veleidades de la política. Es el neoliberalismo.

Aparte de eso, hay también un acuerdo básico sobre el modo de plantear el problema, como una disyuntiva clara, simple, definitiva, sin medias tintas: economía de mercado o economía planificada, la libertad o el totalitarismo. No es un asunto menor. Esa convención retórica, por llamarla así, va a ser un recurso frecuentísimo y muy eficaz. Sobre todo porque pone la base para el argumento de la pendiente fatal, que hizo popular Hayek en *Camino de servidumbre*, y que resuena en varias de las intervenciones del coloquio. La idea es muy sencilla: la menor interferencia con el funcionamiento libre del mercado es el primer paso en el camino hacia el totalitarismo, normalmente se empieza por algo pequeño, salario mínimo, control de algún precio, control de cambios, e inevitablemente se camina hacia la planificación central y la supresión del mercado.²⁰ La discusión sobre los monopolios es muy ilustra-

²⁰ Por supuesto, es un argumento contra las políticas keynesianas, contra la economía mixta. Un argumento falaz, como señaló el propio Keynes en una carta a Hayek. Las dos formas puras: o sólo mercado o sólo Estado son posibilidades lógicas, que no pueden existir en la práctica, Hayek lo dice explícitamente. Por lo tanto, siempre habrá alguna combinación, con mayor o menor participación del Estado. Pero las diferencias serán cuestión de grado, nada más.

tiva. De entrada, todos dan por descontado que la concentración es mala. Y es lógico, puesto que se supone que el buen funcionamiento de la economía depende de la competencia. Pero enseguida aparecen los matices. A Louis Marlio, empresario del aluminio, le parece que “la concentración de empresas es un fenómeno útil, favorable al desarrollo de la economía”, siempre que se produzca “bajo el signo de la libertad” y no como consecuencia de un privilegio legal. Nadie le lleva la contraria. Rüstow dice que hay una tendencia a la concentración por motivos económicos, “inmanente y legítima en un sistema competitivo”, que no tiene nada que ver con la tendencia “monopolista, neofeudal, predatoria” que depende del Estado; según él, el mercado produce “el grado óptimo de concentración”, que nunca es el máximo.²¹ En contra de Röpke, Mises hace un alegato firmísimo en contra de los monopolios: “en un mercado libre no hay ninguna fuerza que conduzca a la formación de monopolios”, de modo que los que hay son producto del Estado; después de las intervenciones de Marlio, Detoef, Rüstow, propone distinguir entre “la tendencia natural de la economía hacia la concentración” y la formación de monopolios, el problema “no es el monopolio de producción o venta, sino la existencia de un precio monopólico”.

Engarzado en la conversación sobre los monopolios, hay un breve intercambio entre Auguste Detoef y Ludwig von Mises que resulta muy revelador. Se trata de la nacionalización de los ferrocarriles. Según Mises, ya no tiene sentido porque “las autopistas y [...] los aviones tienden a reemplazar al ferrocarril”. En contra, Detoef argumenta que el Estado “no podía hacer otra cosa”: tuvo que hacerse cargo de ellos, cuando las empresas estaban en quiebra, “para evitar la ruina de una buena parte de la población”.²² Me interesa el diálogo, un episodio menor en el coloquio, por el contraste entre los dos registros: en el nivel de abstracción de Mises, hay una mercancía llamada “transporte”, y da lo mismo quién o cómo la ofrezca, un avión o un automóvil son sustitutos del tren; para Detoef, en cambio, el ferrocarril es algo concreto: un hecho social, que tiene consecuencias demográficas, territoriales, productivas, por cuyo motivo, la quiebra de las empresas amenazaba con arruinar a la mitad de la población francesa. No porque no hubiese transporte, sino esa forma concreta de transporte que es el ferrocarril.

Como es lógico, deriva de la crisis del 29, se habla mucho de salarios, desempleo, sindicatos, seguridad social. El acuerdo al que llegan finalmente, cuando se trata de definir la agenda, es que debe haber algún sistema de

²¹ Por supuesto, ese “grado óptimo” es puramente teórico, que resulta de la idea de que el mercado produce resultados óptimos. En estricto sentido, es una petición de principio.

²² Detoef, ingeniero general de puentes y caminos, ha sido director del puerto de Estrasburgo y miembro de la comisión de vías navegables, y fundador de la empresa ferroviaria Alstom.

seguridad social. La propuesta es de Lippmann: el orden liberal “no excluye que una parte del ingreso nacional se destine a propósitos colectivos”, entre ellos la seguridad social, los servicios sociales y la educación. No piensa que el fondo sea discutible, por eso se preocupa sobre todo de los detalles técnicos del arreglo fiscal. Los demás aceptan la idea en la última sesión sin mayores discusiones, pero sin prestarle tampoco mucha atención. En realidad, las diferencias son serias, insalvables, de hecho. Lippmann, Marlio, Condliffe, piensan que hay que hacer algo para paliar las consecuencias adversas del funcionamiento del sistema económico: “desde un punto de vista económico, dice Marlio, eso son sólo ‘perturbaciones’, pero desde un punto de vista humano y social son males y pérdidas, daños”. Y algo hay que hacer para remediarlos.

La postura de Rueff es muy distinta, porque no piensa que esos daños sean producto del funcionamiento normal del mercado, sino de la interferencia de los gobiernos. Según su argumento, la crisis “ha sido tan amplia por todo lo que se ha hecho para tratar de frenarla”; el desempleo, en particular, es consecuencia de que el Estado haya intervenido para “mantener el nivel de los salarios”, alternado el mecanismo de los precios; en resumen: “todas las intervenciones del Estado en el terreno económico tienen como consecuencia el empobrecimiento de los trabajadores”. Y por eso no le entusiasma ninguna forma de gasto social. Mises y Hayek remachan la misma idea: “el desempleo, como fenómeno masivo y de larga duración, es la consecuencia de una política que pretendía mantener los salarios en un nivel más alto del que resultaría de las condiciones del mercado”, dice Mises. En cuanto al seguro de desempleo, Hayek afirma que un sistema generoso tendría como consecuencia que “los trabajadores no buscarían empleo” y, por lo tanto, propone como modelo las leyes de pobres de Inglaterra.

En todo caso, cuando se trata de establecer la agenda concreta, en la última sesión, no se habla del asunto.

La discusión más interesante, desde un punto de vista filosófico, la de más calado, es la que sostienen Rüstow y Mises sobre el significado último de la crisis. Es la sesión dedicada a las causas psicológicas, sociológicas, políticas e ideológicas de la decadencia del liberalismo. En la ponencia inicial expone Rüstow las tesis básicas del “ordoliberalismo”,²³ es decir, que

²³ Es una tradición de pensamiento característicamente alemana, cuya idea central es que es necesario recuperar los valores de la sociedad tradicional, que ha sido devastada por la sociedad industrial, la masificación. Según una formulación de Wilhelm Röpke: “[...] es muy importante disponer de una economía bien ordenada, productiva y justa, pero es por lo menos tan importante el cómo les va en ella a los individuos desde el punto de vista moral, espiritual y del de todos aquellos aspectos que dan auténtico sentido a la vida y son el supuesto previo de su felicidad”, Röpke (1988), *La teoría de la economía*, Madrid, Unión Editorial, p. 247. Fue muy obviamente

la crisis no es sólo económica, sino vital, manifiesta la carencia básica del sistema liberal, que es un mecanismo de integración profunda porque “no sólo de pan vive el hombre”. Y pone como ejemplo la satisfacción del campesino, que vive de su tierra, “una tierra que ha heredado y en la que piensa morir, legándola a sus descendientes”, y la insatisfacción de los obreros de las fábricas modernas.

La reacción de Mises es tajante, áspera. En resumen dice que no hay más que la economía y que los demás factores son irrelevantes. Dice que la idea de que los campesinos sean más felices es “un prejuicio romántico”, desmentido por el hecho de que millones de campesinos han abandonado el campo para vivir en las ciudades y trabajar como obreros. Rüstow explica bien el desencuentro:

[...] es innegable que en nuestro círculo están representados dos puntos de vista diferentes [...] algunos piensan que no hay nada fundamental que criticar o cambiar en el liberalismo [...] Otros buscamos la responsabilidad de la decadencia dentro del propio liberalismo.

A lo largo de todo el coloquio, la actitud de todos es parejamente elitista. Son constantes las alusiones a “las masas”, todas despectivas: “las masas están dispuestas a abandonar su libertad” (Rougier), “las masas desnutridas se entregan completamente al dictador” (Marlio), “las masas tienen cierta inclinación hacia la crueldad, la venganza y hasta el sadismo” (Mises), “el espíritu de imitación, que es típico de la masa” (Baudin). Están en el ambiente, es palpable, las ideas de Ortega y Gasset.²⁴ Castillejo habla de la responsabilidad de la “minoría rectora”, de la necesidad de “elevación moral de las minorías dirigentes”. En general, el problema que se les plantea es el de la ignorancia de las masas, su incapacidad para entender los problemas económicos, y por eso se proponen educarlas (y educar también a las elites, por cierto).

No es sorprendente el elitismo. Están convencidos, todos, de que hay una manera correcta de entender los asuntos económicos, una manera correcta, científica, de organizar la economía.

Ahora bien, por ese camino llegan a una crítica explícita de la democracia. La anuncia Castillejo en su primera intervención: “cuando la democracia se vuelve absoluta [...] el liberalismo es también antidemocrático”. No es difícil sentir también ahí un eco de Ortega: “liberalismo y democracia son

una respuesta a la profunda crisis de la República de Weimar, y en la posguerra daría lugar a lo que se llamó “economía social de mercado”, según la expresión de Alfred Müller-Armack.

²⁴ La traducción inglesa de *La rebelión de las masas* se publicó en 1932, la traducción francesa en 1937 (por lo visto, gracias a gestiones de Raymond Aron).

dos cosas que empiezan por no tener nada que ver entre sí, y acaban por ser, en cuanto tendencias, de sentido antagónico”.²⁵ La crítica es general. Los alemanes Röpke y Rüstow, siguiendo las ideas de Carl Schmitt, ven el peligro de que en un régimen pluralista el Estado sea capturado por intereses particulares. Marjolin teme sobre todo la influencia política del proletariado: “en cuanto el proletariado adquirió suficiente poder para ejercer presión sobre el Estado de manera determinante, el liberalismo estaba condenado”. Castillejo pone como ejemplo el caso español en un párrafo notable:

Pero bajo la influencia de las ideas democráticas se dijo que la mayoría era *soberana*, y que la ley y el orden legal no son más que la expresión de *la voluntad del pueblo*, que en todo momento es libre de decidir sin restricciones. Eso dismanteló el sistema legal en que se fundaba la democracia. En España se dijo: “ya que somos soberanos, cambiemos las leyes para redistribuir la riqueza” —“entre las masas”, bajo gobiernos socialistas, “entre los privilegiados”, bajo gobiernos reaccionarios. Los más temibles demagogos no eran los de baja posición económica, sino los que habían llevado una vida más confortable e incluso tenían cierta cultura. Estudiaron la situación y dijeron: “*Nosotros* somos el soberano”.²⁶

Es una extraña caricatura del proceso político español de los años de la Segunda República, pero ésa es harina de otro costal. Para lo que nos interesa, está claro que el problema es la intención de redistribuir la riqueza, y que en la raíz está la idea de que el orden legal “es expresión de la voluntad del pueblo”. La siguiente intervención es de Louis Rougier, que hace una defensa de la democracia liberal, “fundada en la limitación del poder del Estado, el respeto a los derechos del hombre y del ciudadano, la subordinación de los poderes legislativo y ejecutivo a una instancia jurídica superior”.²⁷ La alternativa es la democracia socializante, que afirma “la soberanía de la masa”, y que mediante la demagogia desemboca fatalmente en el totalitarismo.

La democracia liberal, la que preconizan todos ellos, está fundada en el derecho, un derecho que escapa a la “soberanía de la masa”. No está claro el fundamento que pueda tener ese derecho. Pero sí que en términos prácticos tiene que poner límites a lo que la mayoría puede decidir con respecto a la organización económica.

El programa neoliberal está completo.

²⁵ José Ortega y Gasset (1993), “Ideas de los castillos, liberalismo y democracia” [*El Espectador*, 1926], *Obras completas*, Madrid, Alianza Editorial, vol. 2, p. 424.

²⁶ *Ibidem*, p. 68.

²⁷ *Ibidem*, pp. 68-69.

ANTECEDENTES: EL MERCADO SEGÚN LUDWIG VON MISES

Me interesa reparar en un libro un poco anterior, que importa como antecedente, y como modelo también de mucho de lo que vendría después. Se trata de *Socialismo*, de Ludwig von Mises, que se publicó originalmente en 1922 en Austria.²⁸ Tardó en traducirse al inglés y en circular masivamente, pero es una de las raíces intelectuales del neoliberalismo. Es un libro voluminoso, reiterativo, retórico, cuya argumentación es casi siempre superficial, en mucho irrelevante, pero que importa porque presenta dos o tres ideas básicas del programa neoliberal (y porque el propio Mises es una de las figuras notables, de los fundadores).

El libro se presenta como una crítica científica del socialismo. Quiere demostrar que es imposible ponerlo en práctica. El problema, recuérdese que es un libro escrito en 1922, es que no puede apoyarse en el análisis empírico de ningún régimen socialista. No tiene otro ejemplo histórico que el de la naciente Unión Soviética, que desde 1918 está inmersa en la guerra civil. De modo que a pesar de la reiterada, insistente, aparatosa proclamación de su carácter científico, empírico, es un texto fundamentalmente especulativo. Expone Mises su idea de lo que sería una sociedad socialista, que incluye cosas tan improbables como la supresión del matrimonio, y a continuación demuestra que ese orden sería imposible. Los ejemplos a los que se refiere de pasada como aproximaciones a lo que sería el socialismo son: el Egipto de los faraones, el imperio de los Incas y el Estado de los jesuitas en Paraguay. O sea, que como crítica del socialismo no tiene en realidad mucho interés.²⁹ Pero hay otras cosas en el libro. Para empezar, la convicción de que los viejos principios liberales tienen que revisarse en su totalidad para ofrecer un nuevo fundamento sociológico, político, económico, a la doctrina liberal. También la afirmación de un utilitarismo radical, que le permite a Mises decir que cualquier forma de cooperación social tiene que derivarse de un reconocimiento racional de su utilidad, y sólo será legítima si los individuos que contribuyen a ella ven reflejado su interés. En asuntos más concretos, también hay una crítica intransigente del gasto social como una forma de “disipación del capital”, que contribuye al aumento del consumo de las masas en detrimento del capital existente, y sacrifica por tanto el porvenir a favor del presente. Es difícil encontrar, en el siglo veinte, una formulación más nítida de esa idea.

²⁸ Ludwig von Mises (2007), *Socialismo. Análisis económico y sociológico*, Madrid, Unión Editorial.

²⁹ En su momento, hubo quienes vieron en el libro la refutación definitiva del socialismo, hubo quienes vieron la reiteración de “los viejos cuentos con que se habían arrullado nuestros abuelos”; sobre eso, François Denord (2016), *Le néo-libéralisme à la française. Histoire d'une idéologie politique*, París, Agone, pp. 165ss.

De hecho, Mises anticipa un motivo retórico que será fundamental en la carrera del neoliberalismo, cuando califica todas las medidas de protección legal del trabajo como recursos del “destruccionismo”. Según su argumentación, la limitación de la jornada laboral afecta al rendimiento de la economía; la prohibición del trabajo infantil perjudica sobre todo a las familias obreras, que se ven privadas de ese posible ingreso; los seguros contra accidentes y enfermedades laborales contribuyen al aumento de ambas cosas, accidentes y enfermedades; el seguro de desempleo produce desempleo; y el seguro social, en cualquiera de sus formas, debilita la voluntad y corrompe la moral de los trabajadores. Llama la atención la aspereza del lenguaje, pero en su momento, en la Viena de entreguerras, es el tono habitual del debate político.

La mayor violencia verbal de *Socialismo* está reservada a los sindicatos. También en eso señala un camino. Su argumento descansa sobre la idea de que los sindicatos tienen privilegios ilimitados, que les permiten obtener todo lo que desean a expensas del resto de la población. De modo que su existencia misma es incompatible con cualquier sistema de organización social —entre otras cosas—, porque su medio de acción específico, la huelga, no es más que terrorismo.

En Mises hay también una veta populista que estará después entre los recursos retóricos más eficaces del neoliberalismo. En su caso, deriva específicamente de una confusión entre mercado y democracia, que resulta del hecho de que en ambos casos la gente elige algo. El orden social capitalista, dice Mises, debería llamarse democracia económica, puesto que el poder de los empresarios depende del voto de los consumidores, que son soberanos, igual que en la política, de modo que la riqueza es siempre resultado de un plebiscito: son los consumidores los que hacen ricos a los pobres y pobres a los ricos, como hacen a unos diputados, alcaldes, jefes de Estado. El hecho de que en esa democracia económica el derecho al voto dependa de la riqueza, ni siquiera se plantea. La amenaza real, para Mises, es el Estado, que pretende interferir con la voluntad de los consumidores mediante leyes, reglamentos, prohibiciones. La gente sabe lo que quiere: “¿quién es el profesor X para arrogarse el privilegio de descartar la decisión de los consumidores?”.

Todo eso, los argumentos, el tono, las metáforas, todo aparecerá de nuevo y con mucha frecuencia lo veremos. Parecerá cada vez más sólido, indiscutible. Pero acaso lo más importante del libro sea la conceptualización del mercado, que sirve como recurso para criticar al socialismo. El socialismo es imposible, dice Mises, porque pretende eliminar el sistema de precios, y sin precios no se puede organizar la vida económica, porque no se puede saber qué quiere la gente, qué necesita, qué valora, qué puede producir. El precio es un signo que incorpora de manera automática toda esa información y

por eso sirve, para orientar la economía, en eso estriba su utilidad. O sea, que el mercado ya no es entendido sobre todo como un sistema de circulación de bienes, sino como mecanismo para procesar información. Nuevamente, una idea bastante sencilla, pero que tiene consecuencias incalculables.

Mises no va a tener mucha presencia en el movimiento neoliberal de las décadas siguientes. Entre otras cosas, porque la mayoría de sus partidarios le parecen demasiado flojos, demasiado transigentes con el colectivismo. Y él va a ponerse aparte.

LA SEÑAL DE ALARMA: CAMINO DE SERVIDUMBRE

La iniciativa después del Coloquio Lippmann corresponde a otro austriaco: Friedrich Hayek. Es sin duda la figura mayor de la constelación neoliberal, la de mayor influencia. Durante la Segunda Guerra Mundial, exiliado en Reino Unido, escribe el libro que será término de referencia durante el resto del siglo: *Camino de servidumbre*.³⁰ Se publicó en 1944.

El argumento se puede resumir en una frase: todo movimiento hacia el socialismo, hacia la planificación de la economía, tan moderado como se quiera, amenaza con llevar finalmente al totalitarismo. En el prefacio a la edición de 1976 intentó modular un poco más la idea, pero en los años cuarenta no se andaba con paños calientes. Hayek escribe en Reino Unido, durante la guerra contra Alemania, y escribe como exiliado, con un ánimo casi apocalíptico. Según veía las cosas, Inglaterra estaba en riesgo inminente de repetir la suerte de Alemania: hemos abandonado, decía, la libertad económica, sin la cual nunca existió libertad personal, ni política, y hemos emprendido la sustitución del mecanismo anónimo del mercado por la dirección colectiva, consciente de la economía. Y ése es el camino de la servidumbre, puesto que la planificación económica conduce indefectiblemente a la dictadura.

Es muy característico de su manera de argumentar el proponer alternativas simples, absolutas, sin término medio: libertad o dictadura, orden espontáneo o artificial, organismo u organización. No es sólo un recurso retórico. O en todo caso, como recurso retórico tiene también consecuencias. En algún momento, en *Camino de servidumbre*, casi como curándose en salud, dice que los extremos lógicos, o sea, el control absoluto por parte del Estado o el imperio absoluto del mercado, no son posibles, pero en todo momento argumenta como si lo fuesen. No es un asunto menor. Publicado el libro, Keynes escribió a Hayek para hacerle notar el problema y su importancia:

³⁰ Friedrich Hayek (2000), *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza Editorial.

dado que los extremos lógicos son imposibles, sólo Estado o sólo mercado, es necesario trazar la frontera en algún lugar, entre competencia y planeación, y eso es un problema eminentemente práctico. No una diferencia insalvable.

La objeción no hizo ninguna mella en Hayek, porque su argumentación básica depende de la alternativa maniquea, de que se tome en serio como tal, de todo o nada. Varias veces repite en el libro que no hay más opciones que el orden gobernado por la disciplina impersonal del mercado o el dirigido por la voluntad de unos cuantos individuos. Va un poco más lejos en alguna ocasión, para hacer más dramática la disyuntiva: “competencia y dirección centralizada son métodos incompatibles, y son pobres, insuficientes si se aplican de modo parcial, incompleto, de modo que la mezcla de las dos será siempre peor que si se hubiese confiado en uno cualquiera de ellos”. Es claro que se trata de una estrategia retórica para hacer más apremiante la elección, para hacer más gravosa la idea de una economía mixta. No deja de tener un aire de argumento falaz, más o menos frecuente en los textos de Hayek.

Por lo demás, en lo sustantivo, el libro presenta ya en esquema los dos grandes argumentos que componen su obra. En primer lugar, como en Mises, la idea de que el sistema de precios en una economía libre permite procesar una cantidad ingente de información, imposible para ninguna cabeza humana. Y que por eso la competencia es el único método capaz de coordinar la conducta de la gente sin recurrir a la coacción, y es el único que permite el funcionamiento eficaz de la economía. En segundo lugar, como en Lippmann, el tema del derecho. En una sociedad libre el Estado tiene que establecer las reglas generales, que obligan a todos y que permiten las elecciones libres de cada uno. Pero nunca puede meterse a regular asuntos concretos, ni decidir la redistribución de los recursos, ni favorecer de ningún modo a grupos sociales específicos mediante leyes particulares, a riesgo de degenerar en tiranía.

Camino de servidumbre es un libro de guerra. Así pensado y así escrito. Si se toma eso en cuenta se entiende el énfasis en las virtudes inglesas como expresión última de la civilización: independencia, confianza en uno mismo, iniciativa individual, responsabilidad, tolerancia, desconfianza hacia el poder. Y se entiende también que el colectivismo, como amenaza catastrófica, inminente, aparezca como una enfermedad típicamente alemana, hecha de puro odio hacia los valores de Occidente, que después produce esas formas simétricas de la opresión que son el fascismo y el comunismo. El enemigo, está claro, es Alemania.

En los 30 años siguientes, Hayek va a elaborar extensamente esas ideas, pero en lo fundamental su pensamiento está ya acabado y completo ahí. Incluso en detalles muy concretos, que tendrán relevancia muchos años des-

pués, como su desconfianza hacia la democracia: a menudo, dice, ha existido una libertad cultural y espiritual mayor bajo un régimen autocrático que bajo algunas democracias. La afirmación resulta un poco extraña en el contexto, pero es una pieza necesaria para el programa neoliberal.

Al mismo tiempo, durante la guerra, y en constante correspondencia con Hayek, escribió Karl Popper otro libro de propaganda filosófica, de parecida importancia: *La sociedad abierta y sus enemigos*. Era, en sus palabras, su contribución al esfuerzo bélico, una derivación de las ideas que había expuesto en el seminario de Hayek en la London School of Economics en 1936, bajo el título de *Miseria del historicismo*, para denunciar las pretensiones científicas del marxismo. A diferencia del libro de Hayek, incisivo y concentrado, de energía casi panfletaria, el de Popper es un largo alegato contra la planificación de más de 800 páginas, que echa mano sobre todo de la historia de las ideas, comenzando con Heráclito. A ritmo lento, con cadencia de profesor, señala a los enemigos de la sociedad abierta: Platón, Hegel, Marx, unidos por un común utopismo revolucionario, que querría cambiar la sociedad de arriba abajo, a partir de un diseño racional. Si no otra cosa, el título va a tener un enorme éxito.³¹ La noción de sociedad abierta es borrosa, ambigua incluso, pero también por eso mismo atractiva. Y se va a emplear en adelante con mucha frecuencia. Los argumentos de Popper, en cambio, largamente elaborados a partir de viejos libros de filosofía, no encuentran mayor resonancia.

LA FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD MONT PÉLERIN

En los meses y años siguientes, terminada la guerra, se perfila con rapidez el nuevo enemigo del mundo libre: la Unión Soviética. No obstante, en esos primeros tiempos, en los años de la victoria, la obra de Hayek no inspira mucho interés. Ni la de Popper. Durante su campaña electoral en junio de 1945, Churchill había echado mano de la línea argumental de *Camino de servidumbre*: la política socialista aborrece la idea británica de libertad, y está inseparablemente vinculada con el totalitarismo, porque siempre necesitará “alguna clase de GESTAPO” para controlar a la sociedad. El electorado inglés no quería oír eso. En unos pocos meses se promulgó la nueva ley de educación, se creó el Servicio Nacional de Salud, un sistema de pensiones y el seguro de desempleo. Después de seis años de guerra, después de haber pedido a millones que se sacrificasen por la patria, era imposible sostener al Estado con impuestos al consumo mayoritario, o suprimir el gasto social.

³¹ Karl Popper (2010), *La sociedad abierta y sus enemigos*, México, Paidós.

Otro tanto sucedía en el resto de los países centrales: Estados Unidos, Francia, Holanda, Alemania. En la periferia fueron los años de la descolonización, el desarrollismo. Y estaba además la Unión Soviética, no sólo como amenaza militar, sino como alternativa ideológica, como modelo de industrialización acelerada para los países periféricos, y estaba la presión de los partidos comunistas, sobre todo en Francia e Italia. De modo que, a la sombra del “socialismo real”, en la mayor parte del mundo comenzaron tres décadas de lo que por abreviar, de manera un tanto inexacta, podemos llamar el “consenso keynesiano”: educación y salud públicas, elevados impuestos al ingreso, regulación de los mercados, control de cambios, subsidios a la producción, seguro de desempleo. Los neoliberales estaban al margen de la discusión pública.

Al margen, pero muy activos. En particular Hayek, que mantuvo con insistencia el proyecto de un centro para la reconstrucción del liberalismo del que se había hablado en el Coloquio Lippmann. Finalmente consiguió el dinero, convenció a un grupo de académicos, a empresarios. Pero el proyecto era ya muy diferente: en su organización, en su membresía, y sobre todo en su financiamiento y en su intención, era otra cosa. Mucho más político, más estadounidense, más empresarial y con una ambición mucho más concreta también.

La reunión que sirvió de arranque para el nuevo proyecto se llevó a cabo en el Hotel du Parc, de Mont Pélerin, frente al lago Lemán, en Suiza, del 1 al 10 de abril de 1947. El propósito lo había enunciado Hayek de modo transparente. Se trataba de “cultivar ciertos estándares comunes de juicio y de moral”, y “elaborar una filosofía de la libertad que ofrezca una alternativa a las ideas dominantes”. No era, nunca sería, una organización plural, ni un centro académico, sino un grupo político con un programa de largo plazo que no admitía dudas.³² Nuevamente, Hayek lo explica muy bien: “debemos reclutar y entrenar un ejército de luchadores por la libertad, y trabajar para formar y guiar a la opinión pública”.

A esa primera reunión en Mont Pélerin asistieron 38 invitados. El grupo era muy distinto del que había acudido a París nueve años antes. La selección había seguido criterios ideológicos bastante estrechos, tenía mucha más importancia la delegación de Estados Unidos, y el proyecto contaba desde el principio con financiamiento empresarial, del suizo Albert Hunhold en un principio, y en adelante también del empresariado estadounidense más reactivo al *New Deal* del presidente Roosevelt, de Antony Fisher, y Harold Luhnow, del Volker Fund. La declaración de intenciones con que se cerró

³² El mejor panorama de la historia de la Sociedad Mont Pélerin está en el volumen editado por Phillip Mirowski y Dieter Plehwe (2009), *The Road from Mont Pélerin. The Making of the Neo-liberal Thought Collective*, Cambridge, Harvard University Press.

la reunión del Hotel du Parc comenzaba con un tono dramático: “Los valores centrales de la civilización están en peligro”; y señalaba como causas el predominio de una interpretación de la historia que niega que haya “estándares morales absolutos” y teorías que ponen en duda el imperio de la ley, cuya influencia era acentuada por la decadencia de la fe en la propiedad privada y el mercado.

En contraste con ese tono, se escogió para la agrupación el nombre absolutamente anodino de Mont Pélerin Society (contra el que había propuesto Hayek, más explícito y de mayores ambiciones intelectuales, Acton-Tocqueville Society). Bajo ese nombre se registró formalmente en Illinois el 6 de noviembre de 1947, con Friedrich Hayek como presidente, y Walter Eucken (Alemania), Jacques Rueff (Francia), Frank Knight (Estados Unidos), John Jewkes (Reino Unido) y William Rappard (Suiza) como vicepresidentes. Siguió siendo siempre, es hasta la fecha, una organización exclusiva, de ortodoxia ideológica muy vigilada, y también ha mantenido hasta la fecha el mismo perfil, deliberadamente discreto.

Nada de eso es por accidente. El proyecto de Hayek consistía en reunir a una elite de pensadores afines, escogidos cuidadosamente, y mantenerla alejada de los reflectores, que no llamase mucho la atención. Esa elite, la Mont Pélerin Society, debía ser el corazón de una estructura mucho más amplia que incluiría facultades y departamentos académicos en varias universidades, como la escuela de economía de la Universidad de Chicago, para empezar, y en un círculo exterior, por decirlo así, mucho más visible, un extenso sistema de centros de estudios, centros de documentación y análisis, empresas de asesoría, fundaciones, dedicados a difundir las ideas neoliberales.

El propósito a largo plazo era influir sobre el electorado, en particular en los países centrales, en Estados Unidos y Europa Occidental. El procedimiento era un poco extraño para un movimiento liberal, pero no tiene ningún misterio: se trataba de ponerle delante a la gente las ideas correctas. Para eso era necesario, según la expresión de George Stigler, capturar la imaginación de las elites decisivas, mediante la elaboración de doctrinas, argumentos, programas políticos y económicos en que esas elites pudiesen ver representado su propio interés. A continuación había que dirigirse a quienes forman la opinión, a los que Hayek llamaba, con una fórmula memorable, los “vendedores de ideas de segunda mano”, es decir: intelectuales, periodistas, locutores, maestros de escuela, escritores, agitadores, líderes políticos.

Para eso debían servir las fundaciones, los centros de estudios,³³ pero sin que fuese notoria la intención de difundir un sistema de ideas en particular,

³³ Sobre la función de los centros de estudios, empresas de consultoría y fundaciones para el programa neoliberal conviene sobre todo mirar Cockett (1995), *Thinking the Unthinkable. Think-Tanks and the Economic Counter-Revolution, 1931-1983*, Londres, Fontana Press/Harper-Collins.

para evitar que se pusieran en duda sus análisis, sus recomendaciones de política. Hayek era especialmente aprensivo a este respecto, pero la preocupación estaba presente en la declaración inicial de la Mont Pélerin Society: “este grupo no pretende difundir propaganda, no quiere establecer ninguna ortodoxia, no se alinea con ningún partido”. Algunos de los centros de estudio se dedican a un tema específico, otros se ocupan de asuntos de interés general. Su vínculo con la Mont Pélerin Society es siempre indirecto, discreto.

Menciono algunos de ellos para tener una idea del conjunto. Entre los primeros está la Foundation for Economic Education de Leonard E. Read en Estados Unidos, creada en 1946 y financiada por Harold Luhnow, a través del Volker Fund; también el Institute of Economic Affairs del Reino Unido, fundado por Antony Fisher en 1955 y dirigido después por Ralph Harris y Arthur Seldon. En las décadas posteriores habría muchos más. En Estados Unidos, la Heritage Foundation, por ejemplo, creada en 1973 con dinero del empresario cervecero Joseph Coors; el Cato Institute, de 1977, financiado inicialmente por el petrolero Charles Koch; el Manhattan Institute, de 1978, auspiciado también por Anthony Fisher. En el Reino Unido, el Council for Policy Studies, de Sir Kenneth Joseph, y el Adam Smith Institute, creado en 1978. En América Latina, entre otros, el Centro de Estudios Económico-Sociales de Guatemala, fundado en 1959, o el Instituto Libertad y Democracia, de Hernando de Soto en Perú.

En 1981, el infatigable Antony Fisher creó la Atlas Economic Research Foundation para apoyar a grupos afines a la Mont Pélerin Society que quisieran crear centros de estudio en sus países. Actualmente cuenta con más de 300 organizaciones asociadas en Europa y Estados Unidos, 50 en Asia, más de 20 en África y alrededor de 80 en América Latina: el Centro de Estudios Públicos de Chile, el Centro de Investigación para el Desarrollo A.C. de México, la Fundación Hayek Colombia, la Fundación Federalismo y Libertad de Argentina, y así hasta los casi 500 centros y fundaciones que son en la actualidad, otras tantas experiencias sobre el modo de cambiar la opinión pública, según dice el texto de su presentación.

En su momento de mayor expansión, a fines de los años ochenta, la Mont Pélerin Society llegó a tener alrededor de 800 miembros, casi la mitad estadounidenses. Los socios se reúnen en una conferencia cada dos años. En buena medida son los empresarios que la sostienen quienes desde un principio vigilan la ortodoxia de los invitados (se ocuparon de eso Harold Luhnow y Jasper Crane en los primeros años). Y los márgenes se van haciendo cada vez más estrechos, conforme se consolida el proyecto. En 1958, por ejemplo, mientras se preparaba la primera reunión de la sociedad en territorio estadounidense, sería en Princeton, Crane escribía insistentemente a

Hayek para pedirle que no hubiese concesiones en el programa, y que se tuviese la mayor precaución para evitar que en las sesiones pudiera haber alguna crítica a la libertad de empresa. Al parecer, temía que el alemán Wilhelm Röpke, uno de los artifices de la “economía social de mercado”, pudiera sembrar dudas en el auditorio. Llovía sobre mojado. El mismo Crane había escrito una furiosa carta a Hayek en 1949, porque en una conferencia sobre problemas laborales Frank Knight, economista de Chicago, había hablado de la concentración de la riqueza en Estados Unidos, una idea absurda, según Crane, sacada directamente de Marx (inaceptable para los patrocinadores de la sociedad, casi sobra decirlo).

Para la definición más exigente, más estrecha, el neoliberalismo está ahí, en la obra de esos pocos cientos de pensadores que desde mediados de los años cuarenta se reúnen en la Mont Pèlerin Society. Entre sus miembros más conocidos: Hayek, Röpke, Jewkes, Popper, Milton Friedman, Bruno Leoni, Maurice Allais, George Stigler, James Buchanan, Antonio Martino, Gary Becker, Bertrand de Jouvenel, Deepak Lal, Kenneth Minogue, Vaclav Klaus. De entrada comparten desde luego una postura filosófica, a favor de la libertad individual, pero también ideas mucho más concretas, por ejemplo, una muy acusada desconfianza hacia lo público: servicios públicos, bienes públicos, funcionarios públicos, como fuerzas de avanzada del socialismo. Y comparten también en términos generales un programa político, cuyo eje es la defensa del mercado, pero con la convicción de que es necesario el poder del Estado para crearlo.

En ese sentido, y dejémoslo de momento sólo anotado, en su contenido propiamente político el neoliberalismo es una teoría sobre la manera de transformar al Estado para que garantice el funcionamiento del mercado y más allá, para expandir la lógica del mercado, y crear nuevos mercados. Volveremos a ello, con detenimiento. Para completar el panorama de ese primer momento conviene detenerse en dos temas. Primero, la función que cumple la ignorancia en el pensamiento de Hayek, que va a ser crucial para el programa neoliberal. Y segundo, la versión alemana del neoliberalismo, de los años cuarenta y cincuenta, que es seguramente la variante más original.

HAYEK: LA IDEA DEL ORDEN ESPONTÁNEO

El pensamiento de Hayek, expuesto profusamente en varios miles de páginas, es en el fondo bastante compacto, y sus temas están siempre cerca de los de *Camino de servidumbre*. En ocasiones resulta, si no confuso, desconcertante, no por las ideas, que suelen ser bastante claras, sino por el estilo de Hayek, que casi por sistema es polémico: está siempre haciendo un alegato,

a la mitad de una discusión. A eso se debe lo mejor, lo más interesante, también lo más endeble de su obra.³⁴ Pero veamos con más detalle su argumento central.

El mercado es eficiente, más eficiente que cualquier alternativa imaginable, porque puede procesar una cantidad de información que sería inmanejable de otro modo. Ya lo hemos visto. El mercado ofrece una forma singular de conocimiento, sin reflexión: automático. Un conocimiento total, que suma lo que en conjunto saben todos, pero que no sabe nadie. Puede aprovechar el conocimiento que tienen —disperso, sólo a medias consciente, parcial— quienes concurren para comprar o vender algo, porque se manifiesta en el precio que están dispuestos a aceptar. O sea, que el mercado permite saber lo que no se podría saber de ningún otro modo.

A partir de ahí, el argumento se desarrolla con facilidad. La defensa de la libertad individual, dice Hayek, descansa fundamentalmente en el reconocimiento de nuestra inevitable ignorancia. Inevitable y radical. No podemos saber cuál sea la manera más eficiente de emplear los recursos ni a qué dedicar nuestro trabajo, porque no sabemos lo que quiere el prójimo, lo que necesita ni lo que valora, no sabemos qué tan costoso es producir algo, transportarlo, no sabemos qué tan útil sea a fin de cuentas un descubrimiento, una idea, un servicio. No sabemos nada. Corrijo: casi nada. Cada quien sabe un poco, sabe aquello que directamente le concierne. Sabe cuánto le cuesta producir lo que produce, qué tanto está dispuesto a pagar por una cosa u otra, entiende de unos cuantos oficios, pero nada más. Nadie puede reunir ese conocimiento disperso, eso que sabe cada quien por su cuenta. Sólo el mercado, y sólo porque funciona de manera automática, impensada, y ajusta mecánicamente los deseos, las necesidades, los intereses y los recursos de todos, de modo que cuando compran y venden libremente sube el precio de lo que más se estima, lo que es más escaso o más difícil de producir, y baja lo que no se valora. O sea, que el mercado realmente sabe más que cualquiera. Posee una particular sabiduría, inalcanzable de otra manera, que se expresa en el sistema de precios, y es la guía más eficaz para la asignación de recursos: para que se invierta en lo que hace falta, en lo que más valor tiene.

La disyuntiva es simple, estricta: someterse a las fuerzas incontrolables y aparentemente irracionales del mercado, y al movimiento de los precios, o bien someterse al poder, igualmente incontrolable, arbitrario, de otros hombres. La diferencia está en que el mercado permite una asignación eficiente de los recursos, y la dirección autoritaria no puede. Intentar definir el in-

³⁴ Lo fundamental del pensamiento de Hayek está en dos obras: *Los fundamentos de la libertad*, Madrid, Unión Editorial, 1991 [1959], y *Derecho, legislación y libertad*, Madrid, Unión Editorial, 1985 [1979] (3 vols.). Las páginas que siguen ofrecen una apretadísima síntesis de ellos.

terés público, lo que en realidad conviene a la sociedad en su conjunto, intentar corregir al mercado, orientarlo, es incurrir en la fatal arrogancia del totalitarismo, la de quienes pretenden saber lo que no puede saberse. Y el intento está condenado al fracaso.

El argumento ha sido repetido infinidad de veces. La ignorancia es un problema si tratamos de poner orden, organizar deliberadamente la vida social. Pero si permitimos que opere sin trabas el mecanismo impersonal del mercado, la ignorancia no es un obstáculo. Al contrario, es incluso una virtud: si cada quien se ocupa tan sólo de lo suyo y sigue su propio interés, y compra y vende libremente sin preguntar nada, el resultado siempre será mejor. Nos ajustaremos todos con más facilidad y sin equivocarnos.

Pero la idea se puede generalizar, y en eso está lo que tiene de más atractivo. No se refiere sólo al mercado en sentido estricto, a las mercancías que se compran y se venden. En cualquier otro campo sucede lo mismo. Nadie sabe nada, nadie puede saber qué sea mejor, más valioso: qué programa de estudios, qué proyecto de investigación, qué carreras universitarias, qué forma de cuidar el ambiente o no cuidarlo, qué medio de transporte; pero la acumulación espontánea, mecánica, de lo que sabemos todos, cada uno por su lado, produce una forma superior de conocimiento: es la sabiduría inconsciente de las multitudes (*the wisdom of the crowd*). Y por eso, en cualquier terreno, en la educación o en la salud o donde sea, más vale confiarse a la sabiduría superior del mercado. Nadie sabe, por ejemplo, qué clase de conocimiento sea más útil, más apreciado, qué línea de investigación vaya a resultar más fructífera: no se puede saber; el modo más eficiente de resolver el problema consiste en dejarlo en manos del mercado, y que la oferta y la demanda se encuentren.

Ésa es la idea que está en el fondo de los argumentos a favor de la privatización, o la mercantilización de la educación, de la salud, de los servicios públicos. No imponer nuestra ignorancia. No decidir autoritariamente nada: ni precios ni recursos, ni estándares. Que sea el mercado.

La idea estaba ya más o menos elaborada en la obra de Mises. Conduce a uno de los temas más interesantes del pensamiento de Hayek, también de los más polémicos. El argumento técnico sobre los precios como sistema de información se amplía, se transforma, se convierte en un argumento general sobre las decisiones colectivas, y finalmente en un argumento sobre el orden, la naturaleza, la evolución y las sociedades humanas, donde el mercado viene a ser sólo un caso específico de una clase mayor, la de los órdenes espontáneos.

La explicación puede enunciarse en términos bastante simples. Existen dos tipos de órdenes: creados y espontáneos. Los órdenes creados, artificiales, son producto de un diseño humano consciente, deliberado, son siem-

pre sencillos, concretos, y obedecen a un propósito determinado. Así, por ejemplo, una fábrica o una escuela, un ejército. Los órdenes espontáneos, en cambio, son productos impensados de la interacción, no tienen ningún diseño, no han sido pensados de antemano, no obedecen a propósito alguno, sencillamente resultan de la coordinación espontánea de los individuos, tal como sucede en el mercado.

No dice Hayek que los órdenes espontáneos sean naturales. Pero sí dice que no son artificiales, en el sentido de que no han sido creados por nadie, es decir, no corresponden a ninguna voluntad concreta. No han sido pensados. Para explicarlos, pone como ejemplo la formación de cristales o de compuestos orgánicos, menciona experimentos con imanes y limaduras de hierro, pero también dice que en sus formas más elaboradas dichas órdenes obedecen a la lógica de la supervivencia en el proceso evolutivo. Las normas de las sociedades complejas, dice, las normas que establecen una coordinación inconsciente, “se impusieron porque permitieron prevalecer sobre los demás a los grupos humanos que decidieron adoptarlas, e hicieron posible la supervivencia de un número mayor de individuos”.

La superioridad de los órdenes espontáneos, el mercado por ejemplo, se explica por la biología. Es un hecho natural. En cualquier caso, es la única manera de producir sistemas complejos, porque es la única manera de procesar la cantidad de información necesaria para ello. No se puede imaginar un argumento más rotundo. La naturaleza impone el orden del mercado, porque es objetivamente superior. El problema es que no suceda así en la práctica, que el mercado no se establezca de manera directa, definitiva, y que haya que razonar y explicar, y trabajar deliberadamente para imponerlo.

Por si acaso, el argumento sobre la eficacia suele complementarse con un argumento moral. Las organizaciones, es decir, los órdenes artificiales dependen siempre de la coerción, porque tienen que obligar a la gente a hacer determinadas cosas, a comportarse de un modo u otro, a obedecer. Mientras que los órdenes espontáneos reposan sobre normas de carácter general que permiten decisiones libres.

Vale la pena detenerse un poco en un par de problemas que se derivan del argumento, porque indican algunos de los temas básicos de discusión entre los neoliberales.

El primero: si no hay un propósito, ninguna finalidad deliberada, consciente, susceptible de ser razonada, entonces no está claro qué significa que un orden sea “eficiente”. Porque la eficiencia es un término relativo. El mercado coordina conductas, se reproduce como orden, asigna recursos de una manera u otra, pero nada dice que eso sea necesariamente bueno o deseable. Y de hecho, ese orden, aunque sea eficaz en esos términos, aunque pueda ser casi natural, o natural, produce desempleados, produce pobres,

produce hambre, y es difícil sostener que sea eficiente en términos humanos un orden en que hay gente que se muere de hambre, cuando sobra comida. Sabemos que Hayek diría que cualquier otro orden produciría más pobreza, más hambre. Pero ésa es sólo una hipótesis contrafáctica.

Paradójicamente, el argumento moral, que es más endeble conceptualmente, resiste algo mejor: el orden espontáneo es preferible porque no necesita de la coerción, aunque genere algunos resultados indeseables. Lo malo es que para llegar a eso Hayek necesita ajustar la definición de tal manera que sólo pueda hablarse de coacción cuando una conducta es forzada a punta de pistola. Todo lo demás, hasta el morir de hambre, son decisiones libres.

El segundo problema es mucho más interesante. Los órdenes espontáneos, el del mercado en particular, que es el que interesa a Hayek, han sido producidos muy obviamente mediante intervenciones concretas de la autoridad política. El proyecto neoliberal entero se basa en esa idea. El mercado no es ni natural ni espontáneo, ni siquiera muy viejo. Necesita, para funcionar tal como lo conocemos, la prohibición de la esclavitud para empezar. Y eso es de hace unas cuantas décadas, apenas algo más de un siglo. Necesita muchas otras leyes, instituciones, autoridades. O sea, que el orden espontáneo del mercado ha sido creado también, aunque su evolución sea azarosa, aunque no implique una disciplina mecánica ni instrucciones concretas.

Pero lo inverso también es cierto, y abre una perspectiva más sugerente todavía. Los órdenes artificiales también evolucionan de manera espontánea, permiten ajustes impensados, aleatorios. Ninguna organización, por estrecha que sea, funciona siempre y en todo mediante órdenes explícitas. Siempre hay márgenes para enfrentar las contingencias, para asimilar hechos nuevos y para acomodar a los individuos concretos, con sus intereses y sus costumbres, y hasta sus manías. Incluso en el despliegue de un ejército, que es el modelo más riguroso de orden artificial (de eso están hechas todas las novelas de guerra de Céline a Joseph Heller o Vassili Grossman). Supongo que es claro y no necesita mayor explicación: una escuela o una empresa, como cualquier organización, tienen su reglamento, tienen una jerarquía, un horario, pero en la práctica generan toda clase de reglas informales, hábitos, rutinas que nadie pensó ni impuso conscientemente. Está en la experiencia de cualquiera. Bien, me interesa subrayar un punto: el Estado, en su funcionamiento, en su configuración concreta, es producto de una evolución espontánea tanto como el mercado. Desde luego, un Estado se imagina sobre el papel cuando se redacta una constitución y se escriben leyes y reglamentos, y se establece una jerarquía administrativa; pero la forma concreta de Estado es el producto de un proceso histórico lleno de accidentes, inercias, valores entendidos, conflictos, decisiones individuales.

El Estado mexicano no está en la Constitución, ni el mercado mexicano está en la naturaleza. Los dos han sido creados, los dos son productos impensados, azarosos, hasta cierto punto.

Es decir, que la oposición entre órdenes artificiales y órdenes espontáneos puede tener cierto valor heurístico, en algún plano, pero no permite sostener un argumento general contra la intervención del Estado en la economía. Se supone que el mercado funciona con esa naturalidad impersonal y automática, que espontáneamente coordina decisiones libres, pero a condición de que todos cumplan con la ley, no es una salvedad menor. Por otra parte, la ley no exige a nadie que fabrique medicamentos, o cereales o juguetes, pero sí pone condiciones, y dice cómo se tienen que fabricar, cómo se tienen que distribuir y presentar y anunciar las cosas. Dicho de otro modo, el orden espontáneo sólo funciona sostenido por el artificio del Estado.

Sin duda, el de Hayek es el intento más ambicioso de explicación de la superioridad del orden del mercado, y de los riesgos que entraña la regulación.³⁵ En sus obras mayores, en *Los fundamentos de la libertad*, en *Derecho, legislación y libertad*, desarrolla extensamente la explicación biológica o cuasi-biológica, para anclar el argumento en la evolución de la especie. Ese interés tiene todavía, aunque sus hipótesis sobre la eficacia evolutiva de las normas, como recurso de supervivencia, sean puramente especulativas y poco verosímiles.

UNA VERSIÓN ALEMANA: EL ORDOLIBERALISMO

Para evitar malentendidos, no sobra insistir en que el neoliberalismo no es un sistema único de ideas, uniforme. Aparte de unos cuantos principios básicos: la convicción de que el Estado es necesario, la preferencia por lo privado, la prioridad de las libertades económicas, algún otro, en lo demás hay ideas bastante diferentes. Entre los miembros más distinguidos de la Mont Pèlerin Society, ganadores ambos del Premio Nobel de Economía, Gary Becker y Ronald Coase, tienen ideas diametralmente opuestas sobre el método de la economía, por ejemplo, así como Wilhelm Röpke y Milton Friedman juzgan de modo muy distinto el problema de los monopolios.

El primer gran laboratorio de las ideas neoliberales, es decir, del empleo del Estado de manera sistemática para producir mercados, para impulsar la competencia, fue Alemania en los años de la posguerra. El contexto era

³⁵ La exposición más completa de la influencia de Hayek en la formación del programa neoliberal es acaso la de Daniel Stedman Jones (2012), *Masters of the Universe. Hayek, Friedman and the Birth of Neoliberal Politics*, Princeton, Princeton University Press.

absolutamente singular, también lo fue el programa. Alemania era un caso único. Venía de la experiencia catastrófica de la República de Weimar, del nazismo, de la experiencia de la guerra total y la devastación, la derrota y la división política. La reconstrucción, tal como se planteó en 1945, requería desde luego poner a funcionar el mercado, pero también reconstruir el Estado de derecho, la civilidad, recuperar mínimos absolutos de convivencia y de lealtad institucional.

Las ideas que se impusieron en los primeros gobiernos de la posguerra fueron las de un grupo de académicos que se identificaban con lo que se llamaría el “ordoliberalismo” (*Ordnungspolitik*). Aunque el nombre se acuña en los años cincuenta, las ideas habían comenzado a circular ya 20 años antes, teniendo como término de referencia la Escuela de Friburgo, de Walter Eucken y Franz Böhm.³⁶ Varios de los “ordoliberales” asistieron al Coloquio Lippmann, y muchos serían también miembros de la Mont Pèlerin Society. Entre los más conocidos: Alexander Rüstow, Wilhelm Röpke, Alfred Müller-Armack, Ludwig Erhard, Leonhard Miksch, Constantin von Dietze, Hans Ilau.

La novedad del ordoliberalismo se explica por la historia de Alemania, y queda muy gráficamente resumida en la expresión que por lo visto improvisó Müller-Armack para poner un nombre a su política: “economía social de mercado”. El adjetivo indica todas las preocupaciones de los gobiernos alemanes de la posguerra, aparte del mercado.

Algunos de los ordoliberales, como Miksch y Müller-Armack, habían colaborado como economistas en el diseño de las políticas expansivas del nazismo. En general, todos ellos habían sido muy críticos del parlamentarismo durante la República de Weimar, pero eran entonces partidarios de una borrosa tercera vía, contraria al colectivismo. En la posguerra se propusieron restaurar y proteger la economía de mercado, eran en eso liberales, pero también mantener el equilibrio, la armonía social, formas elementales de civilidad, tolerancia, cohesión, mecanismos para eliminar conflictos y favorecer la integración social. Los motivos son obvios. Y por eso en su obra, y en su programa, hay normalmente una mezcla de observaciones económicas, sociología y especulación metafísica, y una ansiedad existencial que no hay en otras partes. Es algo típicamente alemán, de la posguerra.

El diagnóstico es muy característico: en el origen de los males de aquel presente, de los años cuarenta, veían en primer lugar una crisis espiritual, una pérdida del sentido de la trascendencia, que ocasionaba la progresiva desintegración de la sociedad. Es el argumento que expone de forma brillan-

³⁶ Véase Ralf Ptak, “Neoliberalism in Germany: Revisiting the Ordoliberal Foundations of the Social Market Economy”, en Mirowski y Plehwe, *op. cit.*

te Alfred Müller-Armack en *El siglo sin dios* (la síntesis de una monumental sociología de las religiones).³⁷ En segundo lugar, en términos más prácticos, veían una crisis de desarrollo de la sociedad de masas: desajustes en el modo de vida, conflictos, tensiones normativas, enajenación, producto de la industrialización y de la vida urbana. Y finalmente, una crisis que resultaba del gigantismo de las sociedades modernas, de Estados y empresas y burocracias, que terminaba por anular a los individuos.

El caso es único, no hace falta insistir en ello. El resultado es que la crítica cultural de los ordoliberales tiene un fondo claramente antimoderno. De manera más o menos explícita imaginan y proponen la restauración de un orden natural, jerárquico, armonioso, con miras a la trascendencia, en contra del desorden de la sociedad de masas. Y eso requiere para empezar un sistema de protección de la clase obrera, un Estado de bienestar suficiente para reducir los conflictos. También requiere, y va a ser uno de los rasgos distintivos del ordoliberalismo, una política muy activa de combate contra los monopolios, a favor de la pequeña empresa. Desde luego, el ideal de una sociedad de pequeños productores, armoniosamente integrada, era ya arcaico entonces, pero la política era absolutamente real y tenía consecuencias.

Las preocupaciones espirituales, la idealización de la sociedad tradicional, el énfasis en la protección de los obreros, es decir, todo lo que carga el adjetivo en la “economía social de mercado” separa a los neoliberales alemanes de todos los demás, sobre todo de sus colegas estadounidenses, agresivamente individualistas, partidarios entusiastas del progreso y no tan hostiles hacia los monopolios. El contraste dice mucho del significado de la Segunda Guerra Mundial.

LOS PRIMEROS PASOS

La Mont Pélerin Society siguió reuniéndose con regularidad: en Seelisberg, Suiza (1949), Bloemendaal, en Holanda (1950), Beauvallon, Francia (1951), de nuevo Seelisberg (1953), Venecia (1954), Berlín (1956), y de ahí en adelante sin interrupción, hasta las reuniones de Sidney (2010), Praga (2012) y Hong Kong (2014). El centro de gravedad se trasladó muy pronto a Estados Unidos, y en particular a la Universidad de Chicago.

Henry Simon, que se dedicaba básicamente a la economía teórica, fue quien preparó las primeras propuestas para formar un instituto de economía en Chicago. Recomendó para ello la contratación de Lippmann, Arnold

³⁷ Alfred Müller-Armack (1968), *El siglo sin dios*, México, FCE.

Plant, Lionel Robbins, Frank Knight, Jacob Viner, Friedrich Lutz, George Stigler, Milton Friedman, Friedrich Hayek, Karl Brandt, Wilber Katz, Garfield Cox y Aron Director, que fue quien se encargó finalmente de dirigirlo. Las negociaciones con la universidad no fueron fáciles. Hayek había conseguido financiamiento empresarial para el proyecto, con la ayuda nuevamente de Harold Lunhow, del Volker Fund, pero los empresarios no estaban interesados en financiar las especulaciones del liberalismo “clásico” ni de la economía puramente académica, como la de Simon, sino que querían contribuir al desarrollo de un liberalismo “económicamente orientado”, que respaldase los intereses de las grandes empresas. Y la Universidad, por su parte, se resistía a dar plazas definitivas a todos y ceder el control de su departamento de economía. Pero eso es parte de la pequeña historia.

No deja de tener interés, como cosa curiosa, que Hayek no consiguiera nunca una plaza permanente en la Universidad de Chicago, después de pelear por ello durante décadas. En sus escritos explicó más de una vez que los investigadores debían tener su puesto garantizado, fuera del mercado, por razones similares a las que justifican la inamovilidad de los jueces: no en beneficio propio, sino porque “sirven mejor al interés público” si se hallan protegidos contra toda presión exterior. Y se quejaba por eso en sus últimos años de que se veía obligado a hacerlo todo por dinero.

Los “Chicago boys” forman parte del folclore político latinoamericano de los años setenta, pero no sin razón. La escuela de Friedman, Stigler, Becker, Posner, fue durante décadas la columna vertebral del proyecto neoliberal. Y tuvo orgullosos discípulos en todo el mundo, en Chile, para empezar.

A partir de ese eje académico creció la red de fundaciones y centros de estudio dedicados a preparar propuestas concretas en todos los campos. Eran años de expansión económica, de ascenso del Estado de bienestar, años y décadas de éxito de las políticas de desarrollo, y no había mucho margen para las recomendaciones neoliberales. Lo más interesante, en ese contexto, es que las fundaciones afines a la Mont Pélerin Society mantuviesen contra viento y marea el radicalismo de Hayek o Mises, que parecía estar completamente fuera de lugar, pero que fue seguramente el principal motivo de su éxito en los años setenta.

El programa lo explicó bien Arthur Seldon, del Institute for Economic Affairs: se trata de llevar adelante el análisis sin reparos y llegar a las últimas consecuencias, sin importar que parezcan políticamente imposibles de realizar o que vayan en contra de la sensibilidad mayoritaria, es decir, se trata de pensar lo impensable: desafiar al sentido común.

La estrategia acabó teniendo éxito, un éxito abrumador. No es del todo extraño. Por un lado, permitía a sus intelectuales separarse de la discusión cotidiana, en la que se proponían pequeños ajustes, reformas de detalle, que

nunca significaban gran cosa. Y por otro lado, les permitía exhibir recetas radicales, imposibles, de aire claramente utópico: repartir los impuestos en efectivo, acabar con las escuelas, permitir la emisión privada de dinero, cualquier cosa. Sin el lastre de la responsabilidad política, administrativa, sin tener que tomar en cuenta la realidad ni cargar con las consecuencias de sus ideas, podían exhibir una lógica aplastante, sin concesiones. Eso dio a muchos de ellos el perfil de rebeldes, insurgentes contra el orden establecido, que sería crucial para su victoria cultural en los años setenta.³⁸ El neoliberalismo de los años cincuenta, sesenta, conservaba las huellas de su origen. Era un ideario para el fin de los tiempos, apocalíptico. No tenía mucho atractivo mientras las cosas iban bien, y había empleo, bienestar, desarrollo. Llegaría su momento.

³⁸ Entre las historias del neoliberalismo, hay varias, la más popular es sin duda la de David Harvey (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal Editores, que es fundamentalmente una historia política, que arranca en los años setenta. Como alternativa, más atenta a la evolución del programa intelectual, y para mi gusto la mejor, es la historia de Christian Laval y Pierre Dardot (2013), *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa.